El vendedor de escobas [1]

Jean Malaquais

Nota introductoria

Jean Malaquais (Varsovia 1908 – Ginebra 1998), nacido Vladimir Malacki en Polonia, llega a París donde con el seudónimo de Malaquais gana en 1939, el premio Renaudot (de la importancia del Goncurt) con *Les Javanais*, novela autobiográfica, con una prosa descarnada y libre, que relata las vicisitudes, en una mina de plata cerca de Marsella, de una serie de apátridas, desheredados, sin papeles ni porvenir, llegados desde todas las tierras del mundo. Así se daba a conocer como escritor este militante en la izquierda comunista.

En 1936, en el auge de la revolución española, llega a Barcelona, en contacto con las milicias del POUM, pero debe regresar a Francia denunciado como «agente fascista» por los estalinistas. Vive en la miseria en París hasta que es ayudado por André Gide, con el que había entrado en contacto por una correspondencia sobre el oficio de escribir según la clase social. Capturado por los alemanes durante la invasión de 1940, logra escapar y llega en 1941 a Marsella con su compañera Galy.

En Marsella habían ido a parar los intelectuales y militantes perseguidos por el régimen de Vichy, como Bréton, Péret, Victor Serge, Marc Chirik… Malaquais escribe sobre estos días cómplices con la ocupación alemana que los franceses quieren olvidar, lo que publicará en 1947, con *Planète sans visa.*

Como sus compañeros, logra escapar de Marsella, y vía Cádiz, Venezuela y México llega a Nueva York. Allí conoce a Norman Mailer del que traducirá su novela *Los Nudos y los Muertos.* En Nueva York escribe *Journal de guerre* y en 1944 edita *Coups de barre*, siete relatos cortos sobre personajes nómadas. El segundo de estos relatos es el que aquí publicamos.

Acabada la guerra vuelve a París, escribe *Le Gaffeur* (1953) y milita en distintas agrupaciones de la izquierda comunista. Colabora con Maximilien Rubel en la traducción de Marx para la Pléiade, y con Ngo Van, Rubel, Agustín Rodriguez, Lambert y otros anima los *Cahiers de discussion pour le socialisme des conseils.* En 1980 se establece en Ginebra con su compañera Elisabeth, donde muere en 1998, trabajando siempre, hasta el último día, en sus libros *Planete sans visa* y *Les Javanais.*

[1] "El vendedor de escobas", traducción de "Le marchand de balais", sacado del libro de Jean Malaquais, "Coups de barre" (París, 2008). Traducción: J. Corominas. Edición, Etcétera abril 2021

El vendedor de escobas

Algunos desconfían de la peste, otros del agua clara, pero a mí lo que me causaba terror era el sábado. La aversión que en aquel tiempo me inspiraba el sábado era debida a mi experiencia personal de la vida y de los hombres. Era una experiencia relativamente corta, relativamente limitada, pero hecha a mi medida. Sin embargo, y por pura estadística, me había dado cuenta de que la mayoría de desgracias me sobrevenían preferentemente durante el fin de semana. El sábado anterior, mientras estaba durmiendo tranquilamente entre dos montones de planchas que exhalaban un exquisito olor de resina, un aficionado de los zapatos me había dejado sin ellos, y tuve que arrastrarme durante cuatro días a través de la fritanga podrida del puerto viejo antes de que me llegara el turno para sustraer un par de alpargatas del tenderete de un vendedor. Fue un viernes cuando me contrataron como buceador a bordo de un carguero a punto de salir –¡qué suerte!– hacia los Mares del Sur, y fue un sábado cuando el carguero zarpó…sin mí. Fue también un sábado cuando recibí una memorable paliza por parte de una cofradía de pederastas mientras me estaban pellizcando para felicitarme por mis diecisiete primaveras, y fue un sábado el día que nací.

Así pues, aunque no recuerde el día, solo pudo ser un sábado cuando sufrí el acoso de la bella Mme. Hélène. Sucedió en la plaza Gouvernement, en Argel, una tarde de junio. Mal día, si lo hubiera. Desde primera hora de la mañana, los estibadores habían estado persiguiéndome por entre los fardos de pieles donde mi juventud caía dormida despreocupadamente. El calor matinal levantaba una ligera niebla fétida y húmeda a ras de los muelles. Una larga jornada canicular tomaba posesión del cielo, del mar, de la ciudad Blanca, una larga secuencia de agobiantes horas que había que matar. ¿Pero cómo? Con la boca pastosa, apestando a cuero sin curtir, entumecido de sueño, me di un chapuzón en el agua atornasolada del puerto.

Cualquier recoveco de este vasto puerto me era familiar, cualquier esquina, adoquín, incluso la inclinación de una grúa cualquiera o la orientación de una plataforma elevadora. Durante semanas y semanas de pasar hambre, de tiempo correoso, mi insaciable curiosidad se había nutrido y hartado de espigones, boyas, arboladuras, atraques y desatraques.– Saciada y cansada. Ya no quedaba nada en este remanso que fuera digno de mi hambre o de mi sed. Tenía hambre. Hambre desde hacía días, hambre desde hacía un montón absurdo de días, y no solamente de barcos ni de grandes e increíbles correrías. Hacia el mediodía me puse a recorrer las fonduchas, a llamar a los antros conocidos, a trepar a los barcos a través de los cables de amarre. Todo en vano, nadie me invitó a comer. Era sábado ¡por Dios! Conocía a un chico español ayudante del chef de un distinguido restaurante de la calle d'Isly que, cuando lo encontraba con buena disposición, me pasaba sigilosamente un puñado de judías "maître d'Hôtel" o de lentejas a la reina en un cucurucho de papel: eran unos cucuruchos espectaculares, impermeables a la salsa que el Español fabricaba con gran maestría. Sin embargo, no me gustaba mucho ir a verle porque era gruñón y, además, el sábado era también su peor día. Desde que me vio rondando alrededor de las cocinas me regañó como si hubiera

ido a ligarme a su hermana, tenía una hermana feúcha cuya nariz en forma de coma se doblaba tristemente sobre la vajilla que estaba lavando. Sobre el oscuro patio por el que se accedía a las cocinas flotaba un sensual olor a brasas y a patatas fritas, un caritativo olor a manduca. Para que el "Chef" no me pudiera ver de ninguna manera me escondía en el retrete, un cuchitril viscoso como un escupitajo, cuyo único recurso contra la muerte violenta por asfixia consistía en apalancar la nariz contra la apertura en forma de corazón con la que se había taladrado la puerta. De esta manera, no era mierda lo que olía sino más bien costillitas de cordero y rayas a la mantequilla negra. Comía por la nariz, me saciaba por la nariz. Cerraba los ojos, aspiraba suavemente hasta lo más profundo del estómago y lo aliñaba con un buen trago de saliva. A fuerza de alimentarme a distancia, acabé por adivinar con precisión la variedad de platos preparados por el Chef. El sutil aroma de una salsa de tomate me anunciaba un plato de espaguetis a la italiana; una pequeña humareda que se introducía de manera incontrolada en mi nariz, me traía un filete de Chateaubriand al punto acompañado por una hermosa guirnalda de berros; el perfume de la mantequilla fundida me anunciaba sin lugar a dudas que estaban marchando a mi atención un par de huevos al plato, tal como me gustaban, a penas chamuscados por el fuego.- En este agujero providencial, de pie sobre mis inestables piernas a menudo me sentía como aquel rey de Nínime que vivió, según se dice, en la indolencia y en la voluptuosidad.

Sin embargo tuve que largarme. Intratable, mi amigo español me amenazó con una ducha de agua de lavar platos si me obstinaba en continuar aprovechando las exhalaciones de la cocina. Con un cubo lleno a rebosar, empezó a insultarme en su lengua materna.

¡Coño! – Decía. ¡Te vamos a mandar de vuelta a casa de tu madre!

Tísico en último grado, respiraba con un silbido regular de ida y vuelta, su gran cabeza hinchada balanceándose sobre un cuello más bien escaso. Al ritmo de la respiración, su manzana de Adán, angular y prominente, subía y bajaba como una válvula de compresor. Los días de crisis aguda, era inabordable.

Arrastrando la pierna me largué por la calle d'Isly, giré a la derecha y tomé los muelles. Me sentía ligero, un poco gris con un vacío dentro del estómago que me hacía perder el equilibrio. La Plaza del Gobierno, la Mezquita recortada sobre la masa indescifrable del puerto, inmaculada, envuelta en una luz gloriosa; más allá del rompeolas, azul turquesa, se extendía el calmado y somnoliento mar. Varado, la proa graciosa, ojo de buey brillante, aparecía el casco blanco de un yate noruego somnoliento él también, abandonado bajo un sol implacable. Pensativos, atontados, la bragueta desordenada, los consumidores sorbían *pastís* bajo la sombra de las arcadas. Corriendo, saltando, chocando unos contra los otros, los limpiabotas miraban con un ojo malicioso bajo la negra línea de su ceja y bajo el sello rojo de su fez. – ¡Eran ya las tres!

Vladimir!! Eh! Psst! Vladimir!!

Alguien me estaba llamando desde el otro lado de la plaza. Durante una fracción de segundo pasaron por mi mente mil conjeturas, mil hipótesis, mil posibilidades. – ¿Acaso alguien que me debía cien francos desde hacía semanas había sido tocado por una súbita

probidad? O, ¿Acaso otro a quien había cedido bajo palabra mis dos últimas camisas me traía un luis de plata al contado? ¿Sería una invitación a comer? ¿Una colecta pública en favor mío? ¿El anuncio de una revolución?

Me giré rápido. Renqueando a pasos precipitados con sus piernas desiguales, la derecha más corta que la izquierda, a menos que no fuera al revés, la bella Mme Hélène venía hacia mí con su bonita cara de ojos embadurnados de rímel, contenta y con una amplia sonrisa. Me cogió la mano y la sacudió con fuerza.

¿Cómo, cómo, pero cómo estás? ¡Vaya sorpresa! A menudo me he preguntado qué había sido de ti desde que te fuiste de casa de mis primos Braghi. Qué mala pinta tienes, querido Vladimir… ¿Por qué no te afeitas, dime? ¡Mira que ir con esta barba! Hablando de la barba, imagínate que vengo del Ayuntamiento, ¡Ay, Dios mío! Qué cansadas son todas estas gestiones, qué agotadoras, querido, y costosas… La administración: ¡Vaya plaga, vaya plaga! Pero veamos, ¡cuéntame un poco tu vida!

Hablaba con voluptuosidad, con énfasis, con un ligero acento parisino. Su cara era redonda, bien alimentada, sus labios ávidos, forzadamente maquillados. Una hedonista. Sin soltarme la mano, sin dejarme pronunciar una palabra, continuaba: ¿Estás bien? Dime ¿Cómo estás? ¿Continúas con tus dolencias estomacales, querido Vladimir? No es sorprendente, con los Braghi es algo normal. Fatal. Estos salvajes te atiborran de habas hervidas en aceite. ¿Verdad, Vladimir? Solo habas, mañana y noche, ¿verdad? Los conozco bien. ¿A quién se le ocurre comer solo habas? te pregunto. Esto es lo que te ha trastornado la maquinaria, era previsible. Te advertí más de diez veces que tuvieras cuidado con las habas, son muy traidoras. No digas que no, me acuerdo como si fuera ayer. Te hincha el vientre y luego provoca cólicos y después se acabó. Fíjate por ejemplo en nosotros, comemos a la francesa: un día risotto, otro día albóndigas, otro día garbanzos. Pero, ¿por qué no dices nada, querido Vladimir? A veces también hago cuscús, pero utilizo grano de primera calidad y cordero fresco, no estas tripas que nadie sabe de dónde vienen. Respecto a la cocina árabe, ¡bah! La cocina árabe. Escucha Vladimir, hace poco una mujer rusa me enseñó a hacer borsch. ¡Es estupendo! ¿Lo has probado? ¿No? A Robert le encanta, es un gourmet entendido y lo mimo un poco. ¿Qué quieres que te diga? Debilidad femenina. Pero ahora que caigo, no conoces a Robert, ¿verdad? Es que no pisa la casa de los Braghi…Robert es mi marido. La primera vez que fue a casa de los Braghi, era un poco antes de nuestra boda, lo colocaron delante de un plato de habas, y a partir de entonces les tengo horror a los Braghi y a sus habas. Por cierto, no hago más que hablar de mí ¿Y tú? ¿Cómo estás? ¿Conoces a Jacques? Jacques es mi hijo. Acaba de cumplir cuatro años. ¿Me quieres acompañar un rato, Vladimir? Por cierto, ¿Quieres venir a vivir a nuestra casa? Estoy muy bien acomodada, te lo aseguro."

Las enumeraciones culinarias de Mme Hélène me habían sumergido en un estado de felicidad avanzada. No cabía duda de que se daba cuenta de mi estado y que disfrutaba agitando bajo mi nariz el incensario de su cocina. De hecho, me sentía expirar bajo el cuchillo

de un sádico tremendamente refinado. No podía quitar los ojos de los labios de Mme Hélène, labios generosos, suculentos, carnosos como cerezas a las que apetecía morder. Los olores de especies, de hoja de laurel, de grasa caliente, de fritura salpimentada de harina que se levantaban con facilidad en emanaciones compactas, me subían a la cabeza y me aturdían con sus vapores. No respondí a su propuesta, quizás porque pensaba que no la había entendido bien y la miraba, sencillamente, cándidamente aturdido. Ella sonreía con sus pestañas preciosamente encorvadas, sus ojos hermosamente maquillados, entonces me pasó su mano por la espalda, detenidamente, sabiamente, envolviéndome con una mirada que me llenó de malestar como si me encontrara desnudo en el centro de la plaza.

¡Estás hecho un bebé! Dijo con su voz un poco chillona. Seguro que vas a venir a nuestra casa. Ven enseguida. ¿Dónde tienes tus cosas? Vamos a buscarlas. ¿Pesan? ¿No? ¿Una sola maleta? Y me pregunto: ¿qué habrá dentro de la maleta? Nada, dos veces nada, estoy segura. Vamos, ven.

— ¿La maleta? Dije saliendo de mi éxtasis.

La maleta me importaba un bledo…Podía esperarme sentada. No solo la maleta sino también los barcos, los océanos y los continentes. Todo podía esperar, la tierra y el sol y la luna entre los dos. Lo que me interesaba era probar el cuscús de Mme Hélène, sus trozos de cordero, sus albóndigas. Le dije que la maleta no estaba lejos de allí, dejada en consignación en una panadería y, como solo contenía unos pocos libros, podía esperar – Nos pusimos en marcha.

— ¡Libros! Exclamó y se indignó Mme Hélène. Como si esto te aportara algo…¡Bah! Si fuera música lo entendería… ¿Pero libros? Porque yo soy música, cariño, y espero algún día subir a las tablas. Ya lo verás. ¿Tienes conocimientos de música? ¿Un poco? ¿Nada? Es una lástima… Ah, Vladimir, si supieras cómo me siento con el alma llena de cosas, de vibraciones… Sin ir más lejos, ayer me dediqué a un famoso fragmento de la sonata *Patética* de Beethoven. Es precioso, señor Vladimir, qué precioso es… A estos alemanes ya podemos calumniarlos, pero hay que reconocer que han hecho cosas interesantes. La mujer rusa que me ha enseñado a hacer el borsch debe conseguirme la música de un fragmento que se llama *El Príncipe Víctor* de un compositor ruso del que he olvidado el nombre, un nombre que acaba en poff, toff, o noff, o sea, como todos los rusos. Parece que también está muy bien.

Entendí que se refería al *Príncipe Igor* de Borodine, y se lo dije.

¡Exactamente! ¡Es esto! Gritó. ¿Ves? Tengo un profesor extraordinario, un italiano que fue director de una orquesta de jazz en una famosa ciudad de aguas termales.

Hizo una pequeña sonrisa de iniciada y le dije educadamente:

— Me gusta el piano ¿Me tocará una pieza?

— ¿El piano? Dijo Mme Hélène arqueando la ceja ¿El piano? Pero si yo toco la mandolina, querido. No, es allá, a la izquierda. Por aquí es bastante empinado, ¿verdad? No quiero hablar mal de los pianistas, no creas, pero no es mi género. Ya verás. Ciertamente tú no

lo sabes, pero ya verás. Además, mira, cuando toco los vecinos salen al rellano a escuchar detrás de la puerta.

Subimos hasta lo más alto de la Casbah a través de un laberinto de callejuelas sucias y apestosas como de un pueblo en ruinas. Mme Hélène se apoyaba en mi brazo cargando todo su peso una vez de cada dos siguiendo la alternancia de su cojera. Avanzábamos con dificultad, ella a causa de su enfermedad y yo a causa de mi estómago que lo tenía por los talones. Y las calles no cesaban de subir, y Mme Hélène no paraba con sus chismorreos:

¿Los Braghi? Decía. Querido amigo…No sabes ni la cuarta parte de lo que se tramaba en aquella casa. ¡Qué digo una cuarta parte! ¡Ni una veintena parte! Su hija, sí, Irene, querían que la tomaras contigo, querían que la aceptaras como tu mujer ¿Qué tienes que decir a esto? ¿Acaso te sorprende, querido? Irene la corta de espíritu, la loca, la chiflada. Lo tenías muy claro, ¿verdad Vladimir?

Reía como antes y me estaba mirando con esta particular mirada con la que me daban ganas de salir corriendo. "¿Te acuerdas de cuando esta vieja barba de Braghi te decía que el inmueble de la calle Lalaoum era suyo? Era para atraparte, Vladimir, de verdad, pero mentía, el charlatán; nunca ha poseído ningún inmueble. ¿Un inmueble? ¿Él? ¿El comedor de habas? ¡Deja que me ría! ¿Y la vez que la gorda Suzanne, la hermana pelirroja de Mme Braghi, te enseñaba sus muslos y todo lo demás mientas tú le limabas los callos de la planta de los pies? Ellos iban a por ti." Hizo un movimiento con la cabeza: "Ya hemos llegado, es aquí."

Tomamos un oscuro y largo pasillo que olía a orines. Con un peldaño por delante y cogiéndome la mano, Mme Hélène me hizo subir las escaleras en espiral con amplias curvas en los pisos. El ambiente estaba cargado y olía mal. Por fin llegamos, sin aliento, agotados, Mme Hélène palpó un buen rato en búsqueda del agujero de la cerradura.

Mme Hélène vivía en un quinto piso de una antigua edificación, en el fondo de una infecta callejuela de la Casbah, no lejos del Pasaje del Diablo. La "acomodada vivienda" se componía de una alcoba apestosa, sin ventana, con las paredes decrépitas y olores varios. Esta habitación, ocupada por un enorme horno, hacía las veces de cocina. Por un lado daba directamente al rellano y por el otro a la única habitación de la vivienda. Dada la altura de la vivienda, desde esta habitación se veía una gran parte del cielo que conectaba con el Mediterráneo del que se percibían sus tranquilas aguas. Desde allí se tenía una vista preciosa sobre Argel la Blanca que sin lugar a dudas hacía olvidar el resto: la vivienda pasaba a ser efectivamente "buena". Respecto a la habitación, estaba amueblada con una cama de roble encerado, un armario en altura como las que se pueden ver en los hoteles de mala muerte, una mesa contra la pared y algunas sillas desaparejadas; en el techo unas ramas cromadas como los tiradores de las puertas de un coche de lujo, una guirnalda resplandeciente que, en el marco de este *hogar* un poco estrecho, un poco miserable, traicionaba el alma de artista de Mme Hélène.

Me apalanqué en una silla. El vértigo subía desde mi vientre a través de cálidas bocanadas que me llenaban de sudor. Una contracción en el hueco del estómago me daba el aviso de que mi hambre iba a cabrearse, el interior rugía, daba tirones, golpeaba, se hubiera dicho que era una puerta que iba a derribarse a base de espaldarazos. Pero, como técnico experimentado, no olvidaba que pronto toda esta algarabía iba a quedar absorbida por una

dulce debilidad, estaba ya claudicando ante unas vagas ganas de estirarme en cualquier sitio y dormir. Mme Hélène mientras había retomado el run-run de su cotilleo, sin darse cuenta de nada, pretendiendo no enterarse de nada. De golpe, entre dos palabras, entre dos interrupciones, se acercó, me cogió la cabeza entre sus manos y me besó en plena boca.

Aunque incapaz de esbozar un gesto de defensa, me entraron unas náuseas que casi me precipitan al suelo. Me así a su brazo y me enderecé. De sus cabellos negros subía un olor que recordaba un plato de champiñones con salsa de Madeira.

— Vamos, no te asustes, dijo exultante. Estás tan solo en el mundo, pobre Vladimir. Me acariciaba lentamente la mejilla con la mano abierta. "Menos mal que voy a poder ocuparme de ti, como una hermana mayor, ¿Verdad?" ¡Oh, qué torpe soy! Debes tener hambre…

Era la primera palabra razonable que había pronunciado en todo el día. Me puse a comer como se apaga un incendio, como hace uno para salvar la piel, engullendo con una precipitación desbordante, casi sin masticar, tragando. "Comer, comer…" decía el ruido de mis mandíbulas. Sentía que la vida volvía a mí a grandes zancadas de pan bañado con salsa vinagreta, sentía que la vida recobraba la felicidad a golpe de grandes bocados salvadores, mi lengua hacía clic, mis dientes serraban, mis vísceras componían una oda a gloria del pan y de la salsa vinagreta. Y en este momento: ¡Que se joda el pequeño español!

Mme Hélène tuvo el detalle de callarse mientras yo me llenaba la panza. Me miraba hacer, muda de asombro, con un brillo de burla en sus ojos de diablesa; se hubiera podido decir que asistía a los juegos de su cascarrabias frente a un plato de sopa. Cuando hube acabado, dejado el plato bien limpio y tragado dos panes de media libra cada uno, Mme Hélène se levantó apoyando la pierna izquierda y dijo, admirativa:

— ¿Qué tal, colono?

Me desabroché un agujero la hebilla de mi cinturón y me estiré con voluptuosidad. Me sentía un perfecto cabrón.

Estaba tan contento de no tener hambre, tan encantando de no tener que dormir a la intemperie, que la misma tarde fui a buscar mi maleta a casa del panadero en cuestión. Rico con los sesenta duros que Mme Hélène me había dado para pagar mi pequeña cuenta, bajé corriendo las calles dando brincos extravagantes, feliz de existir, borracho de juventud.

Cuando regresé, Jacques ya había vuelto de su escuela maternal y Robert de su trabajo. Los dos me saludaron muy cordialmente; el pequeño preguntándome si quería ser su tío y el mayor si había encontrado con facilidad el camino. Mayor, pues M Robert medía ciento cincuenta centímetros, seco, enjuto, dotado de un cuerpo de adolescente bajo las facciones de un hombre maduro. Cuando entré con mi maleta M Robert llevaba una gorra de tela que se quitó enseguida por educación. Su cráneo calvo, reluciente como una bombilla de vidrio escarchado, contrastaba especialmente con su frente bronceada y sus mejillas azuladas por la maquinilla de afeitar. Tenía los ojos velados por la bruma y grandes manos callosas. Me ofreció amablemente una silla, se sentó frente a mí y empezamos a hablar entre hombres.

— Tome asiento, señor Valdimir, dijo mientras yo ya me había instalado.

— Vladimir, corrigió Mme Hélène.

M Robert opinó como jefe y añadió tristemente:

— Mi mujer Hélène me ha hablado a menudo de usted. Estoy muy contento de que sea uno más de los nuestros, señor Valdimir.

— Vladimir, corrigió de nuevo Mme Hélène.

— Sí claro, dijo M Robert pasando la palma de la mano sobre su cráneo descolorido: "Seguro…" Y suspiró: "¿Cómo se escribe su nombre? Mi mujer Hélène aprende las cosas muy rápidamente… ¿Sabe que es música?"

Suspiró de nuevo, se levantó y fue a buscar una hoja de papel y tinta.

— Verá como tengo una escritura bonita, dijo. ¿Verdad Hélène? ¿Permite?

Mojó la pluma en el tintero, se apoyó en los codos y deletreó en voz alta:

— V – a-…

— No, protestó Mme Hélène. No. L-L-L-…

— Sí, evidentemente, opinó M Robert. V – a – l-…

— ¡Hay que ser inútil! Explotó Mme Hélène. Te estamos diciendo y repitiendo: ¡V!-¡L!-¡A!...

M Robert no respondió, ocupado en escribir mi nombre. Inclinado sobre la mesa, la mirada cerca de la hoja de papel, casi frotándola con su nariz, la lengua entre los labios, escribía. De su deteriorada cabeza solo se veía su cráneo desnudo, árido, como blanqueado con cal.

Cuando acabó su trabajo, dejó suavemente el porta pluma sobre la ranura del tintero y me mostró la hoja. "Señor Vladimir, le damos la bienvenida." Firmado "Robert", una firma bonita, complicada y sabia de letras altas, matizadas, caligrafiadas con arte. Tuve la clara intuición que M Robert esperaba ansiosamente mis comentarios y dejé ir un breve silbido de aprobación:

— Maravilloso, monsieur Robert. Maravilloso. Lo nunca visto…Tiene una escritura excepcional, un verdadero don. Por lo que hace a la firma, pues, es una firma digna de un ministro.

— ¡A qué sí! ¡A qué sí! Dijo fuera de sí. No le obligo a decírmelo…

Y acercando la silla, con los ojos de repente empañados añadió:

— Pero… ¿Para qué me sirve, Dios mío? ¿Ha visto de qué manera escribo? …No veo a un metro… Mire qué desgracia…Si fuera menos miope, hoy en día sería cobrador en los tranvías, sí, cobrador en un tranvía, señor Vladimir…

— Y ¿Cómo quieres trabajar de cobrador en los tranvías, querida cabeza de madera? Dijo tranquilamente Mme Hélène. No eres capaz ni de pronunciar bien el nombre de Vladimir. ¡Vaya clase de cobrador serías! Cuando un viajero te dijera que quería bajar en la calle Michelet, tú le avisarías en la calle Bab-el-Oued. ¿Verdad?

— No es lo mismo…se defendió con desgana M Robert.

— Con que no es lo mismo, dijo su mujer. ¿Entonces qué es lo mismo? Va, dime que soy una mentirosa, dilo, dilo, no te cortes…

Se la veía enfadada mientras M Robert acariciaba con la mano el hule de la mesa.

— ¡Yo lo sé! Pió de golpe Jacques quien hasta este instante se había contentado con observar a los mayores. ¡Yo sé cómo se llama él!

— No debe decirse "él", corrigió Mme Hélène. Hay que decir: monsieur Vladimir – y me dirigió una mirada como para que fuera testigo del esmero con que educaba a su hijo.

— ¡No! Cortó Jacques. ¡Se llama Coboleq!

— ¿Cómo?

— ¡Coboleq! Gritó el niño.

— No digas tonterías, dijo con autoridad M Robert. Este señor se llama M. Valdimir.

Mme Hélène levantó los hombros, desanimada.

Continué:

— ¿Ha probado de llevar gafas, M Robert? ¿Qué es lo que tiene: una afección a los ojos o baja visión?

— Soy miope, miope, gimió M Robert. ¿Qué gafas? No hay ninguna que me sirva. Y pensar que hubiera podido ser cobrador en los tranvías. ¡Qué desgracia, Dios mío!

— Seguro, dije agachando la cabeza. Esta miopía debe ser muy molesta.

— No me lo recuerde, dijo casi indignado.

Y añadió lloriqueando:

— Me cuesta tanto no equivocarme cuando devuelvo el cambio…

— ¿Trabaja usted de cajero, monsieur Robert?

— ¿Cajero?... En absoluto, soy vendedor de escobas. Y de cepillos. Puro pelo de jabalí. ¿Todavía no ha visto mi mercancía, señor Valdimir? Venga, se la voy a enseñar.

Me llevó a la cocina y encendió la luz. Contra la pared había un surtido de escobas, cepillos y plumeros de todo tipo.

— Tóquelo y verá qué flexible es, me dijo. Se puede afirmar sin lugar a dudas que es una buena mercancía. Mire qué fina es esta escoba. Mme Hélène utiliza una igual desde hace dos años y está totalmente nueva. ¿Verdad Mme. Hélène?

— ¡Sí!…gritó ella, para hacerse oír desde la habitación de al lado.

M Robert sonrió. Me di cuenta que esperaba que dijera algo; algo referente a estas escobas y también referente al escrito. Jugueteé un poco con su pelo, soplé encima y paseé mi pulgar a lo largo de un palo.

— Sí, dije. Me parece de muy buena calidad. Está muy bien, muy bien, de verdad. ¿Y a cuánto las vende?

— Eso depende. Este, por ejemplo cuesta doce francos, aquel otro trece cincuenta. Por este cepillo con la raya blanca en el centro, pido dieciséis pero es pura seda, no de la parte de la espalda del animal, se lo garantizo.

Yo hacía que sí con la cabeza. Pero hice que no.

— No, esto no es lo que le he preguntado, aunque sí, pero era más bien para saber cómo lo hace para vender su mercancía. ¿Tiene clientela?

— Un poco, dijo M. Robert.

Reflexionaba a la vez que se pasaba la palma de la mano por el cráneo.

— De hecho no, no tengo clientela estable. Es el inconveniente que tiene trabajar con productos de esta calidad. Cuando un cliente compra una de mis escobas le dura toda la vida. Así que estoy permanentemente buscando nuevas prácticas. Salgo muy temprano por la mañana con la mercancía y me doy una vuelta por los alrededores de Argel. Ayer estuve en la Maison Carrée, hoy en la Maison Blanche, mañana quiero ir por el lado del jardín de Essaie. Voy gritando: "¡Escobaaas, cepiiiiillos!" – la gente compra o no compra, depende.

— No está mal como táctica, dije.

— No, dijo M. Robert, no es ninguna tontería. Solo que bastante pesado, treinta o treinta y cinco quilos. Pero, Monsieur Valdimir, es cuestión de costumbre: habitualmente hago unos veinte kilómetros al día.

Y bajando la voz:

— Venga, mire lo que me ocasiona…

— Se quitó el chaquetón y se desabrochó la camisa. Su espalda estaba arañada, amoratada, en carne viva en algunos lugares y la clavícula parecía hundida, arqueada hacia dentro. Sonrió:

— Podría decirse que ando torcido.

Me había despertado temprano y delante mío la ventana dejaba ver un cielo de nácar. Un colchón que la víspera habíamos sacado de debajo de la cama conyugal y colocado sobre el suelo, me sirvió de cama. Me sentía como si tuviera una piel nueva y mi corazón batía alegremente sus dieciocho años.

Delante mío, un poco a la izquierda, Mme Hélène descansaba con la manta hasta la barbilla. Sonreía. Jacques dormía al lado de su madre, de cara a la pared, M. Robert había salido ya para su negocio de escobas. El día se anunciaba radiante.

— Buenos días Vladimir, dijo Mme Hélène. ¿Has dormido bien?

Pronunciaba mi nombre con la misma suavidad con la que se hubiera puesto a morder una fruta exótica. No le contesté, era demasiado feliz para contestar. Hundido en los huecos que

mi cuerpo había impreso en el colchón, estaba descansando como un animal en su guarida. No tenía ningunas ganas de moverme.

— ¡Ingrato! Gritó Mme Hélène con la sonrisa cada vez más amplia. ¡Ingrato! ¡A ver si lo coges!

Uniendo el gesto a la palabra, cogió una almohada y me la tiró. Apuntó bien porque recibí el proyectil en la cabeza, lo que pareció divertirla locamente. Reía alto y fuerte enseñando sus dientes que sabía impactantes.

— ¡Bien hecho! Dijo triunfando.

Siguiéndole el juego, cogí la almohada y se la devolví. Ahora era yo quien reía porque le di de lleno en la cara. Me miró por encima de su manta arrugando la frente:

— ¿Estas son maneras de desearme los buenos días? Ven enseguida a pedirme perdón.

Dudaba, estaba casi desnudo con solo unos calzoncillos mal abrochados y no tenía ningunas ganas de moverme.

— Mire la profundidad del cielo, dije.

No respondió. Sus ojos negros se agrandaron y endurecieron como el cristal. Con sus labios rojos y sus dientes blancos mordisqueaba la manta. El cielo era tan profundo que entraban ganas de meterse de cabeza en él.

Me levanté, me puse la sábana que había servido para taparme sobre la espalda y me acerqué a ella –penitente. Mientras con una mano aguantaba los pliegues de la sábana, le ofrecí la otra:

— Buenos días Mme Hélène.

La mirada de Mme Hélène se ablandó, sus ojos ya no parecían de cristal. Me cogió la mano y me atrajo violentamente. De manera instintiva alargué mi brazo libre para apoyarlo en la cabeza de la cama por un reflejo de resistencia mientras la sábana que me protegía resbalaba hasta mis pies. Mme Hélène me examinó un instante de arriba abajo, sin soltarme. Me retenía con las dos manos con sus uñas lacadas sólidamente plantadas en mi antebrazo. En su garganta y siguiendo el trazado del escote, el sol había inscrito un triángulo rojo. Sus ojos eran dos piedras negras con rayas doradas. Dijo:

— Pero, ¡qué vergüenza!...Ven enseguida a esconderte aquí debajo.

Antes de que pudiera entender lo que quería decir, lo que iba a suceder, de qué vergüenza hablaba, ¿de esconder qué? Mme Hélène apartó las sábanas con un brusco movimiento de la pierna y me encontré a su lado. Estaba desnuda, más desnuda que yo.

De repente se pegó a mí con todo su cuerpo de animal en celo. Me quedé atolondrado y me sentía estúpido. Jacques soltó algunas palabras en la profundidad de su sueño y, de repente, el terror se apoderó de mí, era una angustia irreprimible: ¡el niño iba a despertarse! Volví la cabeza hacia él y lo vi dormido. Estaba acostado a un lado, frente a la pared, con su camiseta subida hasta las axilas, su culito regordete parecido al de un cupido. Lo miraba, contenía la

respiración y rogaba a Dios: "Dios mío, haced que no se despierte". Incluso mi corazón se paraba de latir.

A mi alrededor Mme Hélène se meneaba, se movía, jadeaba, se retorcía, sudaba, gemía. Batallaba con mi inercia, mi cobardía, me pellizcaba, me mordía, se trabajaba mis costillas con los codos, me lamía. Yo no me atrevía a protestar, miraba al niño dormido mientras esta maldita cama se resentía con cada movimiento de Mme Hélène, con cada una de sus contorsiones acrobáticas. Permanecía callada, respirando solo con opresión como si estuviera derribando un árbol, como si combatiera con un dragón, mientras yo ni me movía, apretando las mandíbulas, cerrando los puños, invocando a todos los santos del paraíso – "Haced, haced, haced que continúe durmiendo…"

De golpe Mme Hélène se puso encima mío, me montó, me aplastó bajo el peso de sus carnes nerviosas. Pegó sus labios color cereza a mi boca, asfixiándome, asfixiándose ella misma. Hice un esfuerzo violento para liberarme, hubiera sido suficiente un solo gesto de más, un cachete de más, que me montara una vez más para que alcanzara la ventana y me introdujera entero en la profundidad del profundo cielo. Pero una vez más Jacques habló desde su sueño, y, esta vez, desfallecí.

Se había acabado la adolescencia. Me había convertido, convertido en un adulto, de golpe, como se muere de un síncope.

Me enfundé el pantalón, me puse la camisa, calcé mis alpargatas y salí de la habitación. Al llegar al rellano, me invadió un ataque de lágrimas. Me sentía conmocionado, maltratado en mi dignidad, humillado más allá de cualquier límite. Los sollozos me subían a la garganta a golpes, brutales como estos ataques de tos que te arrancan los pulmones. Tuve miedo de que me oyeran. Con toda la rabia exasperada de mis mandíbulas mordí con todos los dientes la barandilla que había por encima de los escalones, y el gusto salado de sudor humano y de madera podrida me provocó un sofoco y vomité por el hueco de la escalera. Tuve la sensación de que junto con la salsa vinagreta y los dos panes de ayer, el caldo de anteayer y todas las comidas del año anterior se me iba el alma.

Huí hacia el puerto. Me sentía sucio. Me repugnaba mi carne, la odiaba. Hubiera querido mortificarla, descuartizarla para recuperar mi dignidad manchada por mi complaciente cobardía. Me froté hasta llegar a la sangre con gravilla recogida con mis manos, pensando que nunca jamás podría expulsar de mi piel el contacto del otro, pensando que no me podría jamás deshacer del olor de la mujer, de las náuseas que me provocaba.

Estuve vagando dos días como un condenado yendo cien veces a purificarme en el agua ácida del mar. Pero al tercer día, muerto de hambre y de fatiga, tuve el coraje de volver allí.

El día se estaba desvaneciendo, eran alrededor de las ocho. Subí los pisos, me paré en el rellano, paré el oído. Empujé la puerta aguantando la respiración y cedió.

Junto a la ventana, sosteniéndose con una sola pierna como una cigüeña, Mme Hélène miraba hacia la calle. En sus manos tenía la mandolina de la que punteaba las cuerdas. Hizo como si no se hubiera enterado de mi llegada y me di cuenta de que me había vigilado, que me había visto venir.

El pequeño Jacques que jugaba en el rellano vino a mi encuentro y me dio su manita:

— Saludos, Coboleq. ¿Has acompañado a papá a vender las escobas, Cobeleq?

Lo atraje hacia mí y el niño vino a acurrucarse entre mis piernas. Sentí inmediatamente una gran ternura hacia este chiquitín de ojos rebeldes. Lo abracé y le di un beso. Cuando lo dejé en el suelo corrió hacia su madre:

— ¡Mamá, mamá, ha llegado Coboleq!

Mme Hélène giró sobre su pierna y me acogió con su sonrisa más risueña. No pude retener su mirada exultante. Detrás de ella, en el recorte de la ventana, el cielo y el Mediterráneo se fundían en una única masa de oros y jaspes. Dijo:

— Hola, Vladimir. ¿Tienes hambre?

Era mucho más de lo que podía haber imaginado. Con una voz que hubiera querido firme pero salió temblorosa dije:

— No. Vengo a buscar mi maleta.

La sonrisa no se aparataba de los labios de Mme Hélène, pero ya no era su sonrisa natural. Atacó un *do re mi* con si mandolina con aire desprendido, con la naturalidad de alguien virtuoso. Yo la miraba desde abajo con ganas de morderla.

— ¡Llega papá! Grito bruscamente Jacques.

Corrió hacia la puerta, pero su madre le llamó con una frase breve y él obedeció. Oí pesados pasos retumbar en la profundidad de la escalera, eran los de M Robert de vuelta de la ciudad con su carga de invendidos. Se paraba en cada piso quedándose un minuto para retomar aliento y continuaba su ascenso. Llegó a la cocina tosiendo, escupiendo, roto, encorvado. Tomando un poco de tiempo para secarse, entró en la habitación y como hombre bien educado, saludó:

— Hola Hélène, esposa mía. Hola señor Valdimir. Hola Jacques. Hola todos…

Nadie le contestó. Mme Hélène me miraba mientras continuaba rasgando una a una las cuerdas de su instrumento de pié sobre una pierna. M Robert entrecerró sus ojos brumosos, pasó – con el gesto que le era familiar- la palma de la mano por el cráneo y volvió a la cocina. Se le oyó fisgonear en un armario, mover una cazuela, mover una arandela de hierro en el horno. Por fin dijo:

— ¿Hay alguna cosa para comer, Hélène?

Nadie se movió. Volvió a la habitación y manteniendo una distancia respetuosa con su mujer dijo:

— Hoy no ha ido del todo mal, Hélène. Te traigo un poco de dinero. ¿Qué hay para comer?

Como si no oyera nada, Mme Hélène continuaba rascando las cuerdas de su mandolina. Bajo la calma aparente, estaba hirviendo. Jacques jugaba por el suelo. Yo me mantenía de pie junto a la mesa y miraba a Mme Hélène. M Robert continuaba con su tema:

— Ocho escobas, seis cepillos, dos plumeros, no está nada mal, ¿verdad Hélène? Estoy contento, podrás comprarte la música para tus ejercicios…Y dirigiéndose a mí: "¿Cómo está señor Valdimir? Mi mujer Hélène me dijo que se había ido a hacer un viaje a Blida. ¿Ya de vuelta? Blida es un sitio bonito Y dirigiéndose de nuevo a su mujer: "Si vieras lo lejos que he ido hoy querida Hélène…Tengo hambre, ¿sabes? Tenías razón Hélène, el plumero de Casa Bartholomé es el que mejor se vende. ¿Vas a hacer la cena, Hélène?

El mismo silencio despectivo fue la única respuesta que recibió. Hizo tímidamente una mueca y en este instante me di cuenta de un parecido asombroso entre él y su hijo.

— Hélène, se quejó, estoy cansado…

Nada. *Lala – solsol – fafa – dodo.* Pálido de odio, dije:

— Deje ya de hacerse la artista. No tiene ninguna clase de talento. Más vale que le haga algo para comer a su marido. Ve perfectamente que no se aguanta de pié.

Mme Hélène tocó con su pié paticojo el suelo. Toda la sangre le subió a la cara. M Robert reculó un paso.

— Yo…dijo.

— Usted, dije suavemente, usted debería cansarse un poco menos en su trabajo e ir a comer al restaurante.

Entonces sucedió algo por lo menos inesperado: Mme Hélène se desencadenó. Tiró la mandolina contra el suelo y el instrumente tintineó de todas sus entrañas, rebotó, cayó y se rompió en pedazos. Lanzándose contra mí con los puños cerrados a la altura de mis ojos gritaba:

— ¡Ah! Muerto de hambre, descalzo ¡Te atreves! ¡Tragón! ¡Lo recogí de un riachuelo, en el barro, lo he alimentado, le he dado cama! ¡Ah, abejarruco!

Ya no gritaba más, berreaba ruidosamente. Se abrieron algunas puertas del rellano, algunos vecinos entreabrieron las puertas de sus pisos. Más muerto que vivo M Robert había perdido el uso de la palabra. De pié bajo la pared con los dedos separados parecía un viejo gallo desplumado. Mientras, su mujer estaba en pleno ataque de histeria:

— ¿Cómo te atreves? ¡Bruuuuuto! ¡Crema de bastardo! ¡Muérete! ¡Púdrete con tus piojos, mendigo! ¡Vagabundo! Me golpeó con los dos puños en los ojos." ¡Conque has venido a buscar tu maleta, hermanastro! ¡Espía! ¡Soplón! ¡Toma tu cubo de basura! ¡Abejorro! ¡Abejorro! ¡Esto me enseñará a ser caritativa!"

Antes de que pudiera impedírselo, se apoderó de la maleta y corriendo por el pasillo la lanzó al abismo. La maleta fue a parar al suelo de la planta baja, al mismo sitio donde había vomitado.

Me sumergí en la noche que aparecía por las encrucijadas.

Algunos días más tarde me encontré con M Robert en una calle de Argel.

— Vamos a tomar un café, me propuso el vendedor de escobas. Colocó contra el mostrador su surtido de escobas y bebimos. Pequeño, enclenque, me dijo:

— No era necesario, señor Valdimir…Mi mujer Hélène ha sido legal con usted, le dio un buen recibimiento, le ha cuidado, no hacía falta cortejarla…

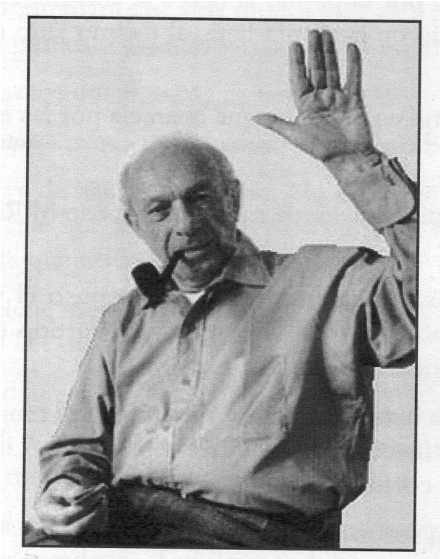
Tomó un sorbo pensativo:

— Si no fuera miope como soy…Hoy sería cobrador en los tranvías, cobrador en los tranvías…Y todo esto, señor Vladimir, no hubiera sucedido, todo esto…

— Hizo un gesto vago con el brazo, cargó su paquete, me miró con sus ojos velados por la bruma y suspiró:

— En los tranvías… ¡Dios mío! Qué desgracia…

Y se fue cojeando, cargado con sus escobas de auténtica piel de jabalí y sus plumeros multicolores que le batían los flancos para la más grande felicidad de su mujer Hélène.



Jean Malaquais, 1908 - 1998